



LOS PABELLONES DE ESTADOS UNIDOS Y ALEMANIA OCCIDENTAL EN LA EXPO' 67

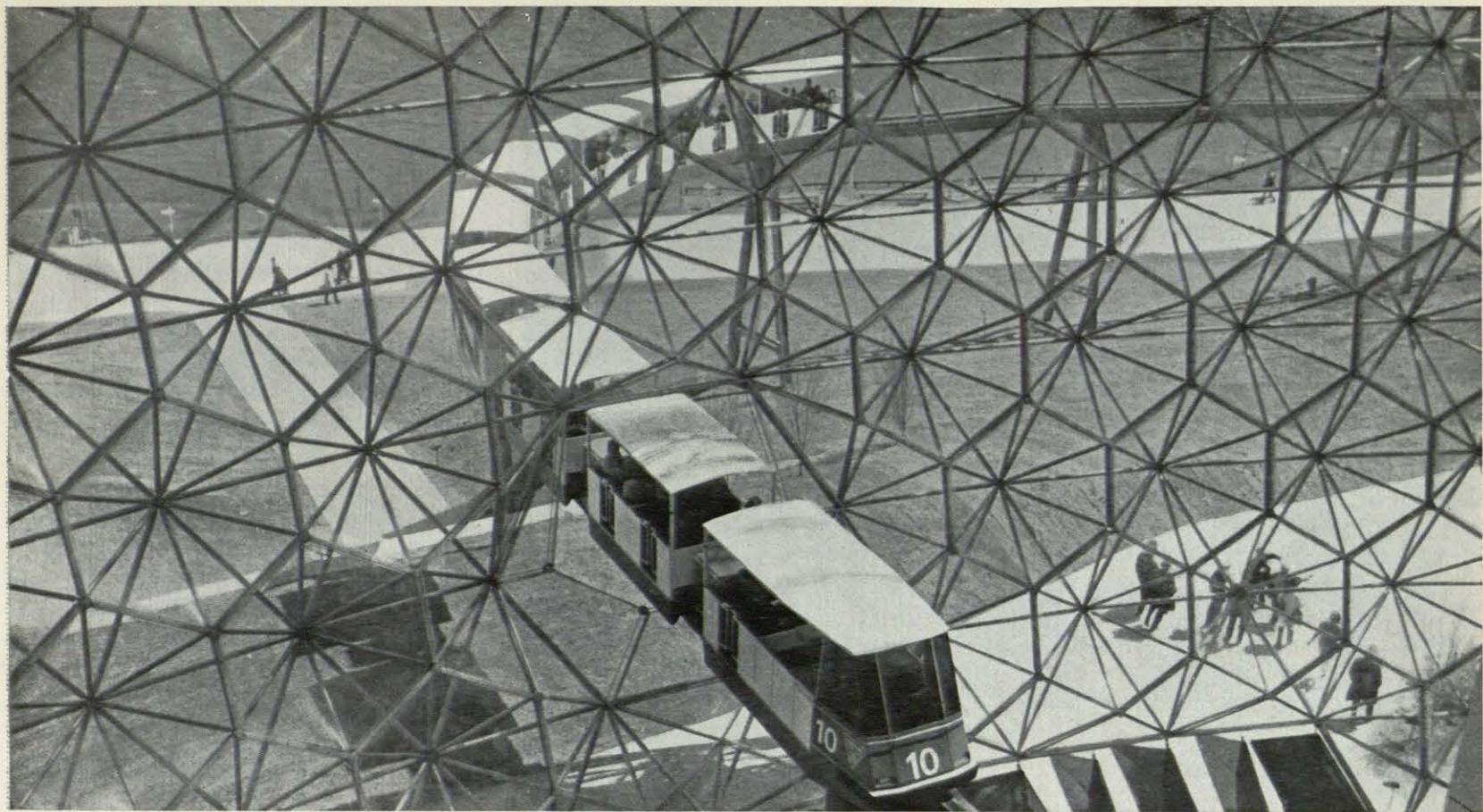
ADOLFO G. AMEZQUETA. Arquitecto.

Las Exposiciones Internacionales han ido jalando las experiencias arquitectónicas de nuestro siglo, exponiendo todos sus rasgos positivos y negativos. La última versión ha sido la de Montreal. Como decía el comentario de PROGRESSIVE ARCHITECTURE, en junio de 1967, la Expo 67 pudo ser una Torre de Babel a escala internacional. Y ello no solamente en lo referente a la comunicación inmediata de los contingentes realmente desmesurados de gentes, medios y sistemas encontrados en los terrenos de Montreal, sino quizás más en lo referente a

los contenidos físicos y significativos insertados en las espeluznantes experiencias realizadas por cada concurrente a la Expo.

A pesar del tema integrador de la Expo de Montreal—"El Hombre y su Mundo"—, inspirado en *TIERRA DE HOMBRES*, de Saint-Exúpery, el panorama general y primario de la Expo reflejó más bien algo así como un intento de presentar las posibilidades o quizás las imágenes de un universo de super-hombres. Lo más llamativo y sorprendente de la Expo, tras una primera experiencia, es su super-escala y una especie de mega-

lomanía reflejada tanto en los dimensionamientos de cada episodio como en una cierta autosuficiencia de cada experiencia singular, con la consiguiente retórica. Realmente resulta un tanto fuera de lugar la frase de Saint-Exúpery que ha sido citada como sugerente del tema de la Expo: "Ser hombre es sentir que a través de la contribución personal uno ayuda a construir el mundo", a no ser que se retuerza la frase, ya que la característica más inmediatamente perceptible de la Expo es la disparidad de experiencias y la desconexión de ellas. El pa-



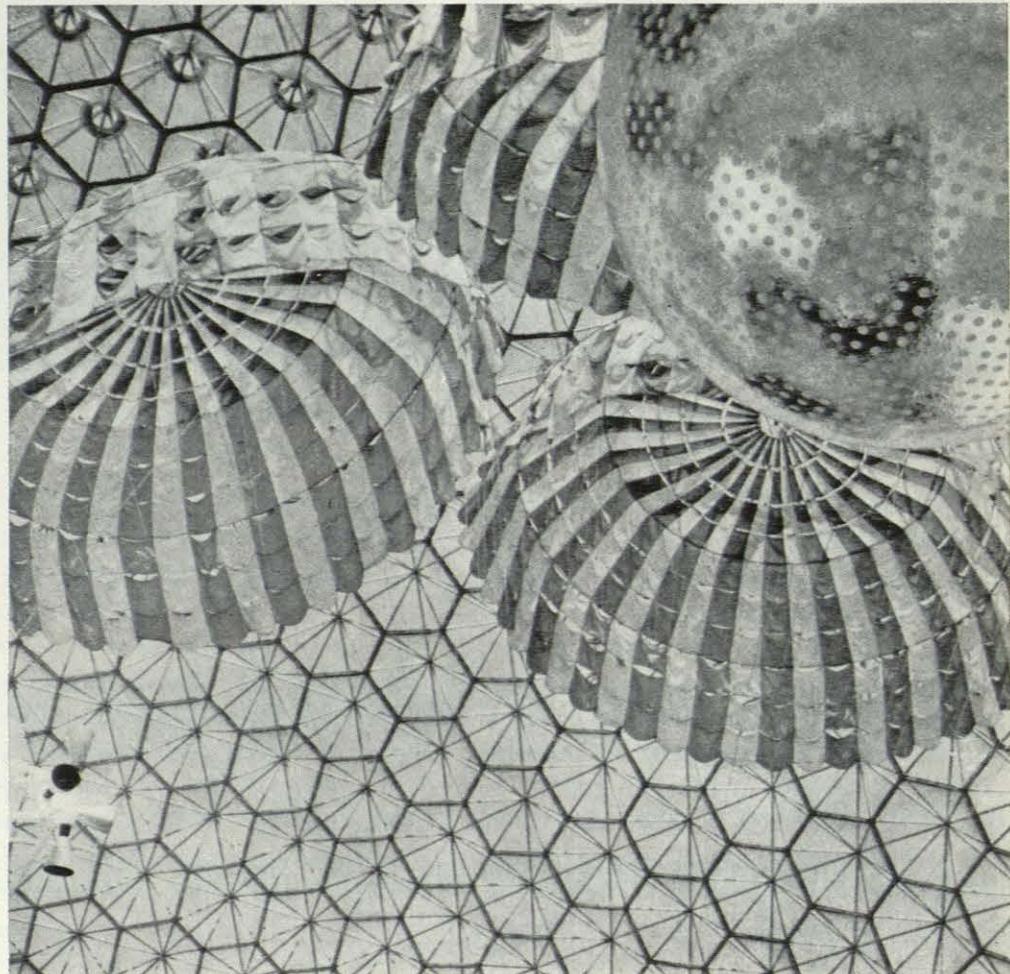
EL MINI-RAIL ATRAVIESA LA GRAN CUPULA DEL PABELLON DE ESTADOS UNIDOS.

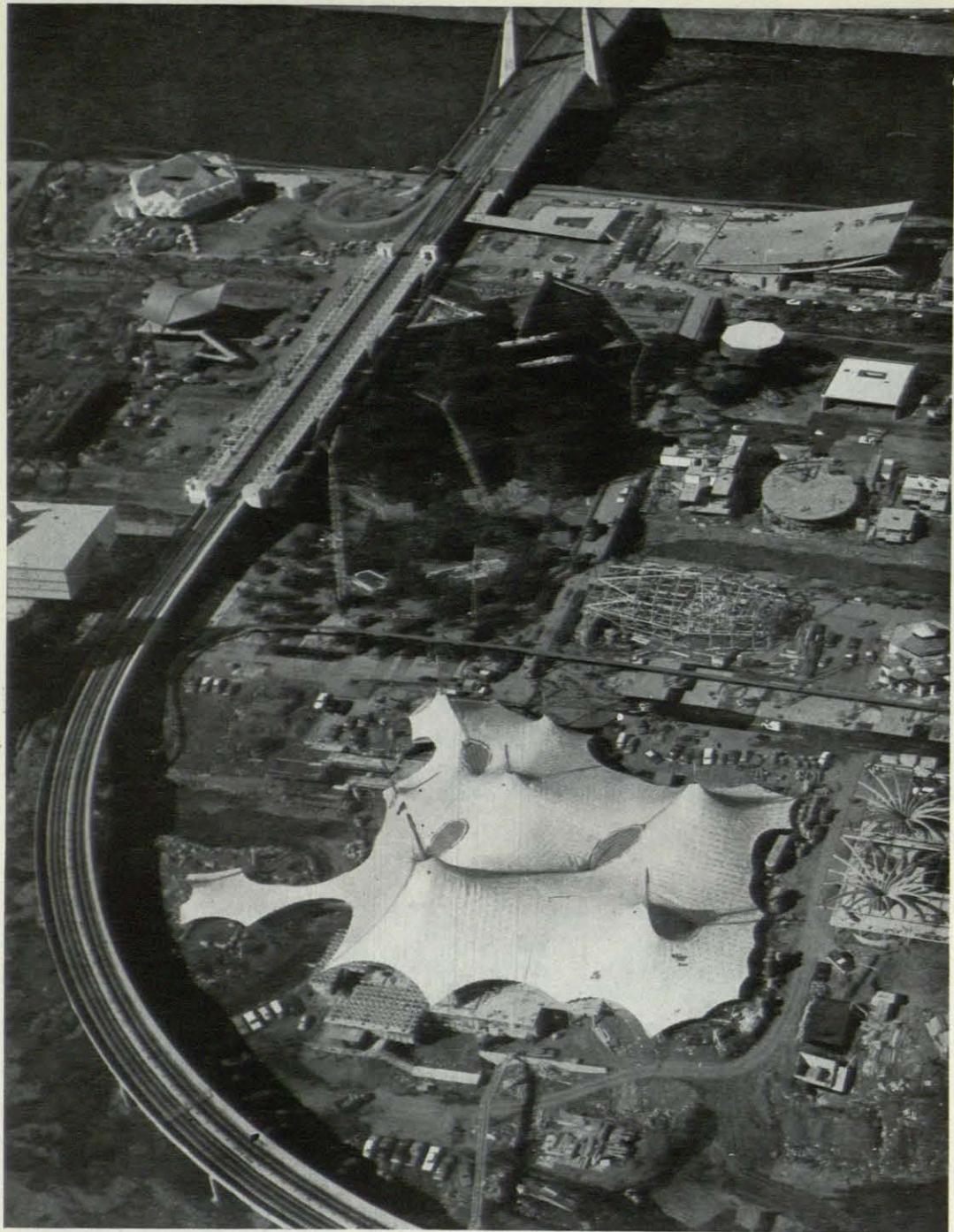
norama de la Expo fue el de la yuxtaposición de micro-mundos insolarios y propagandísticos.

En lo más interesante, más que una exposición de experiencias o de propuestas comprobadas y planteadas a la comunicación, ha sido una exposición de experiencias y propuestas iniciales. Aunque tal vez sea ésta la razón más fructífera de una exposición de este tipo, promoción comercial aparte.

Como en la mayoría de las Exposiciones Internacionales, y con la herencia inmediata de Bruselas, el énfasis mayor ha recaído sobre un super-tecnicismo exhibicionista, basado en una cierta emulación progresista identificada con los progresos técnicos. Posiblemente hasta ahora nada haya ofrecido un panorama más cercano a las figuraciones prospectivas que la Expo canadiense, aunque tal vez esto sea debido a la misma inconexión de sus formulaciones aparentemente insólitas y aparentemente configuradas más por un deseo de extrañeza que por otra cosa.

Dentro de un panorama general que bajo apariencias de novedad encerraba sólo lugares comunes y vaciedad formal—tales los





VISTA AEREA DE EXPO' 67 CON LAS TIENDAS DEL PABELLON ALEMÁN EN PRIMER TERMINO.

decepcionantes pabellones de Francia, Inglaterra, U.R.S.S. y tantos otros—, y junto a algunos otros cuya más saliente virtud era su corrección convencional—Escandinavia, Quebec, por ejemplo—, sin ninguna duda los vértices del interés de la Expo se han situado sobre tres edificaciones que han sido las más comentadas desde antes de su inauguración: el pabellón de Estados Unidos, el de Alemania Occidental y el Habitat.

El Habitat, proyectado por Moshe Safdie, una de las experiencias más discutidas y discutibles de toda la Expo, en cierto modo se escapa a los parámetros normales del

tema de las exposiciones, ya que es una experiencia sobre habitación colectiva que realmente no requería como condicionante imprescindible el marco de la Expo, que ha actuado más que nada como un catalizador. La creación del Habitat, en realidad, se sustraer a las premisas que lo han hecho aparecer. Aunque, por otro lado, sea una de las contestaciones más directas a la problemática de la "Tierra de los Hombres".

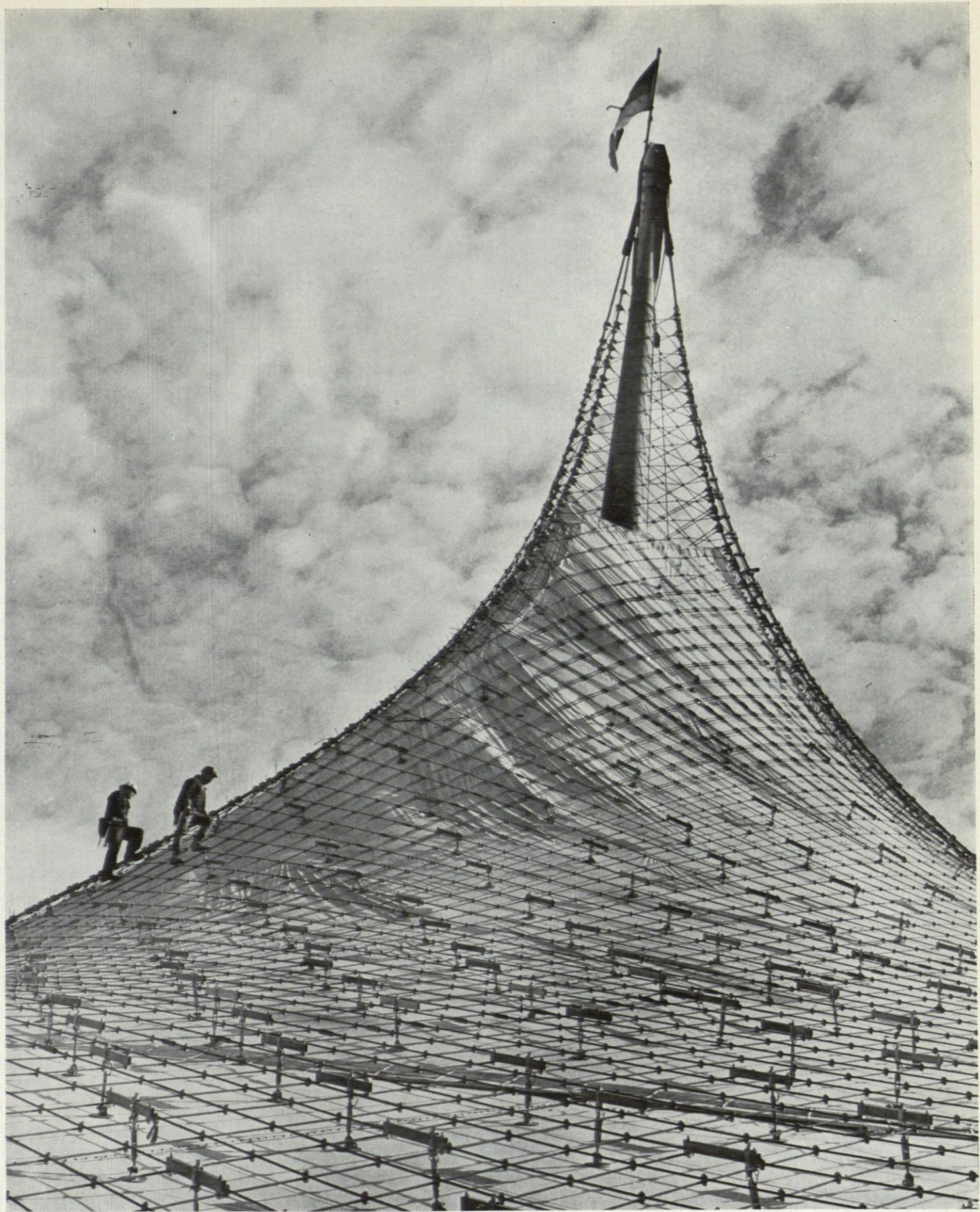
En definitiva, aunque aceptando las limitaciones consiguientes a la aceptación de una Exposición universal en sí misma, las dos experiencias más sugestivas son las de

los pabellones de U.S.A. y de Alemania Occidental, que, a pesar de sus diferencias específicas, son casi dos respuestas análogas, dos soluciones singulares de un idéntico planteamiento, probablemente con más coincidencias que diferencias.

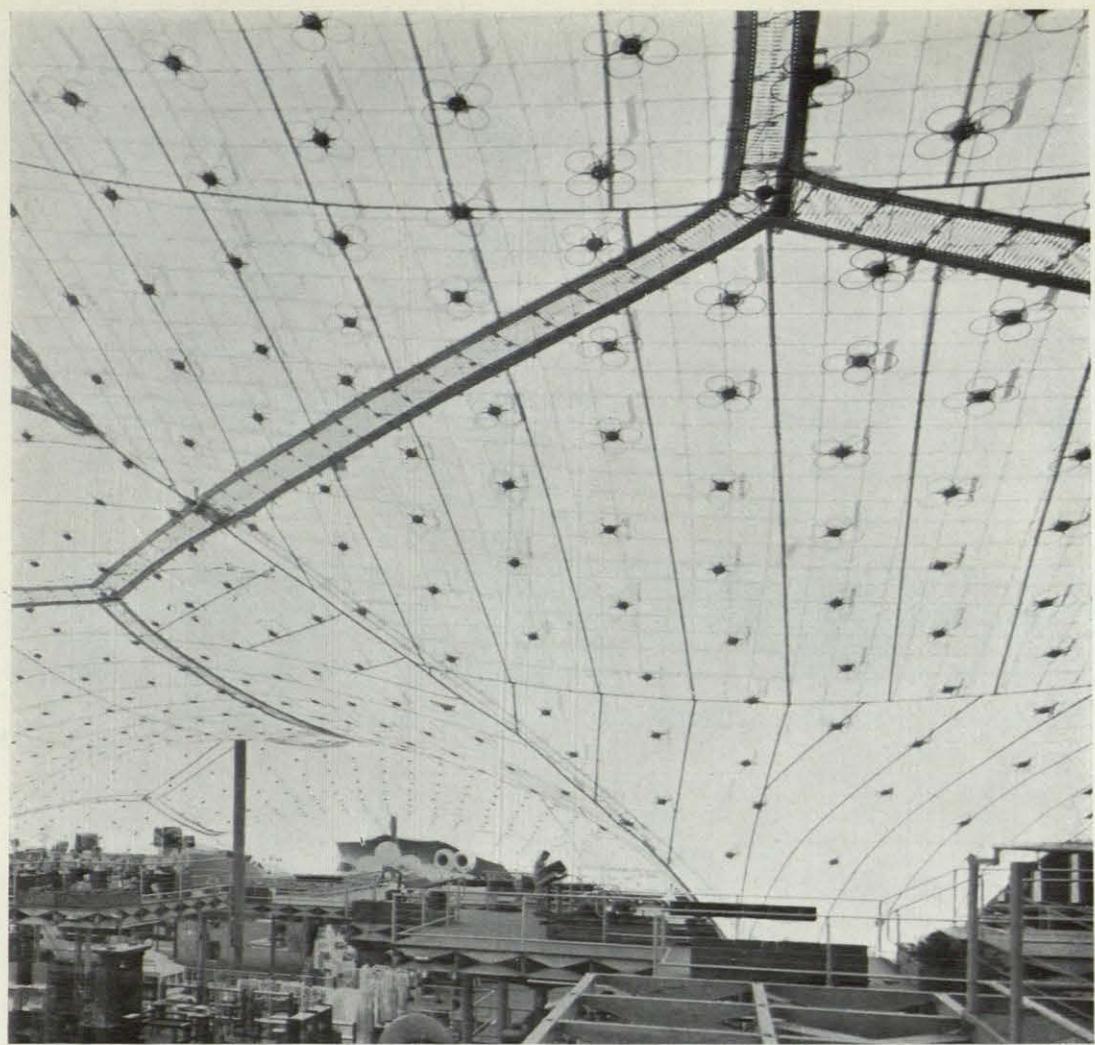
Lo primero que surge de la observación de ambos pabellones son una serie de características comunes que provienen de una postura en muchos puntos idéntica. En primer lugar el que ambos tratan de proponer la solución de un continente con un olvido casi total del contenido. Es evidente, como ya ha sido suficientemente señalado, que uno de los problemas planteados por ambos pabellones ha sido el del diseño de su habitación, o lo que es lo mismo, la utilización del pabellón posterior al diseño global de su estructura. No cabe duda que esto no obedece a una frivolidad simplemente formalista, sino a una postura frente al diseño mucho más enjundiosa y, en cierto modo, trascendente más allá de los límites del pabellón en cuestión.

Tanto el pabellón de Estados como el de Alemania Occidental han sido la demostración explícita y construida de una larga serie de experiencias personales, nunca hasta ahora desarrolladas en tan completo modo, especialmente en lo referente a dimensiones, de sus autores, Buckminster Fuller y Frei Otto, respectivamente. Esto, sin que suponga un juicio adverso precipitado, significa que unos determinados presupuestos teóricos personales han adquirido prepotencia sobre las circunstancias específicas de lugar, tiempo y función concreta. O, dicho de otro modo, que en lugar de un pabellón de exposición de Estados Unidos o de Alemania, en Montreal, en 1967, se ha presentado una obra de Buckminster Fuller y otra de Frei Otto; obras que, por supuesto, encierran *a priori* unas características de generalización y de independencia de dichas circunstancias específicas que las han hecho válidas en términos generales. Aunque no hay que despreciar el hecho de que todos los que se han enfrentado con la experiencia de estos dos pabellones han eliminado, más o menos subconscientemente, el contenido circunstancial de las dos estructuras y han hecho convergir su capacidad receptiva y crítica sobre los caracteres intrínsecos de las estructuras en sí mismas.

El pabellón de Estados Unidos no exhibía nada más que una serie de elementos am-



EL PABELLON DE ALEMANIA OCCIDENTAL, DEL ARQUITECTO FREI OTTO, ES LA CULMINACION A GRAN TAMAÑO DE UNA SERIE DE EXPERIENCIAS PERSONALES DE SU AUTOR. DEL MISMO MODO QUE HA OCURRIDO CON LA BELLISIMA CUPULA DE FULLER PARA EL PABELLON DE EE. UU.



bientales, lo que se ha señalado como uno de sus aciertos. El de Alemania Occidental albergaba una colección multiforme de objetos y productos nada despreciables, pero diluidos completamente dentro de una estructura que no sólo no se plegaba a la presentación de dichos objetos, sino que prácticamente los eliminaba y desconectaba con su presencia.

El énfasis de ambos pabellones ha sido puesto precisamente sobre la independencia y libertad del espacio cubierto por las estructuras, así como, por la misma razón, sobre las dimensiones de estos espacios y la economía de sus ingenios constructivos. Los dos pabellones, cada uno con sus propias premisas, representan una cierta rotura de los límites espaciales fijados por las restricciones estructurales de los medios tradicionales y—teóricamente (los dos pabellones son experiencias transitivas de unas posibilidades mayores)—una liberación casi absoluta de la predominancia de los determinantes estructurales sobre los distributivos. Pero, paradójicamente, la consecuencia de

esta liberación ha sido un ajusticiamiento, en las experiencias de Montreal, ya que los caracteres distributivos de ambos pabellones han sido eliminados por completo, desde el momento en que lo exponible, el contenido y la función concreta del pabellón, han sido excluidos o pospuestos frente a la potencia determinante de la misma estructura contenedora.

Possiblemente estos razonamientos sobre los pabellones de Fuller y Frei Otto—frente a su indiscutible interés estructural y espacial—surjan de que, a pesar de superar lo hasta ahora realizado, siguen siendo experiencias restringidas, casi modelos, de unas propuestas de mucha mayor complejidad y alcance.

Bajo experiencia personal, el pabellón de U.S.A. resulta pequeño, a pesar de sus dimensiones comunitarias; la transparencia de su piel geodésica resulta demasiado cercana y rígida para constituir estrictamente un "control de ambiente", "realizado con menos material y esfuerzo que por cualquier otro recurso" con las palabras del propio Fuller.

La cúpula de Fuller en Montreal está más cerca de la "Galería de las Máquinas" de 1889 que de su cúpula sobre Manhattan.

De modo análogo, la "tienda" de Frei Otto, a pesar de la fluidez casi visceral de su ambiente, es lo suficientemente estricta y definida para permitir el desarrollo independiente de una infraestructura de exposición dentro del acondicionamiento suministrado por las velas.

La experiencia directa como los mismos problemas de realización—el diseño de la exposición interna de los pabellones—presentan un caso de fricción, por interferencia, de escalas, desde el momento en que el planteamiento de los problemas arquitectónicos parte de la consideración de una super-escala—una especie de "control de ambiente" o de entorno, según Fuller—, como es el caso de estos dos pabellones.

Sería un error claro de miopía adjudicar a dos de las construcciones más interesantes del siglo, como son estos dos pabellones, errores de personalismo o estructuralismo gratuito, como ocurre, por ejemplo, con el "Katimavik" o el "Gyrotron", inmensos juguetes tecnológicos. Pero sí parece interesante observar, en una de las primeras ocasiones presentadas para ello, todos los dilemas y consecuencias de esta arquitectura que, aunque ya conocida en el plano teórico, no ha aparecido hasta ahora experimentable en sus dimensiones reales.

Indudablemente todas las Exposiciones internacionales, a la vez que como plataforma para todos los exhibicionismos caóticos—tal vez la Expo 67 como ninguna otra—sirven para contrastar el estado de la arquitectura y en muchos casos para anunciar lo que se está fraguando. En la Expo de Montreal se ha mostrado, especialmente a través de los pabellones de Estados Unidos y Alemania, algo que está preocupando a la arquitectura reciente, más o menos prospectiva: la concepción de una arquitectura o super-arquitectura de distinta escala y modalidades, cuya finalidad sea una ordenación espacial, casi en términos de ciencia-ficción, del entorno en que se ha de desarrollar una arquitectura más o menos tradicional. Algo de cuyo éxito depende quizás el futuro de las estructuras de convivencia.

En Montreal se han hecho, en mi opinión, unas maquetas—habitadas por personas y objetos en su tamaño real; de ahí los problemas—de dos de las más interesantes propuestas de esta arquitectura.